

CONCLUSIÓN

Ya me acerco al término de mi tarea. Hasta ahora, al hablar del destino futuro de los Estados Unidos, he procurado dividir mi asunto en diversas partes, á fin de estudiar con más esmero cada una de ellas.

Al presente quisiera yo reunir las todas en un solo punto de vista. Lo que diré será menos detallado, pero más seguro. Divisaré menos distantemente cada objeto; abrazaré con más certidumbre los hechos generales. Seré como el viajero que saliendo de los muros de una vasta ciudad, trepa la colina inmediata. A medida que se aleja, los hombres que acaba de dejar van desapareciendo á su vista; se confunden sus casas; ya no ve las plazas públicas; vislumbra con dificultad la señal de las calles, pero sus ojos siguen con más facilidad los contornos de la ciudad, y por primera vez percibe la forma que ella tiene. Me parece que yo descubrí igualmente delante de mí todo el porvenir de la raza inglesa en el Nuevo Mundo. Las menudencias de aquel inmenso escenario se quedaron en la sombra; pero mi mirada abarca su conjunto, y me formo una idea clara del todo.

El territorio ocupado ó poseído en nuestros días por los Estados Unidos en América, forma, con corta diferencia, la vigésima parte de las tierras habitadas.

Por muy extensos que sean estos límites, no se llevaría razón en creer que la raza angloamericana se encerrará siempre en ellos; ya ella se extiende mucho más allá.

Hubo un tiempo en que nosotros también podíamos crear en

los desiertos americanos una gran nación francesa compartir con los ingleses el destino del Nuevo Mundo. La Francia poseyó antiguamente, en la América del Norte, un territorio casi tan vasto como toda Europa. Los tres ríos mayores del continente corrían entonces enteramente bajo nuestras leyes. Las naciones de indios que habitaban desde la desembocadura de San Lorenzo hasta el Delta del Missisipí, no oían hablar otra lengua que la nuestra; todos los establecimientos europeos, esparcidos en aquel inmenso espacio, traían á la memoria la patria. Eran Luisburgo, Montmorency, Duquesne, San Luis, Vicennes y Nueva Orleans: nombres todos amados de Francia y familiares á nuestros oídos.

Pero una reunión de circunstancias que sería largo de enumerar (1), nos ha privado de aquella magnífica herencia. Por donde quiera que los franceses eran pocos y estaban mal establecidos, desaparecieron, y los demás se aglomeraron en un corto espacio y pasaron bajo otras leyes. Los cuatrocientos mil franceses del Bajo Canadá forman hoy como los restos de un pueblo antiguo, perdido en medio de las oleadas de una nación nueva. En derredor suyo crece sin cesar la población extranjera, se extiende por todos lados, penetra en las filas de los antiguos dueños del terreno, domina en sus ciudades y altera su idioma. Esta población es idéntica á la de los Estados Unidos. Llevo, pues, razón en decir que la raza inglesa no se detiene en las fronteras de la Unión, sino que avanza mucho más allá hacia el Noreste.

En la parte Noroeste nada se encuentra sino algunos establecimientos rusos de poca entidad; pero en el Suroeste se presenta Méjico delante de los pasos de los angloamericanos, como una barrera.

Así, pues, con toda verdad se puede decir que no hay más que dos razas rivales que se reparten hoy el Nuevo Mundo, á saber: los españoles y los ingleses.

(1) En primer lugar es ésta: los pueblos libres y acostumbrados al régimen municipal logran mucho más fácilmente que los demás el crear colonias florecientes. El hábito de pensar por sí mismo y de gobernarse es indispensable en un país nuevo donde el éxito depende necesariamente en gran parte, de los esfuerzos individuales de los colonos.

Los límites que deben separar estas dos razas se han fijado por medio de un tratado. Pero por muy favorable que éste sea á los angloamericanos, no dudo que dentro de poco le infringirán.

Más allá de las fronteras de la Unión se extienden por el lado de Méjico vastas provincias que aún carecen de habitantes. Los hombres de los Estados Unidos penetrarán en esas soledades antes que aquéllos mismos que tienen derecho á ocuparlas. Apropiaránse el terreno, estableceránse allí en sociedad, y cuando al fin se presente el legítimo propietario, encontrará fertilizado el desierto y verá extranjeros sentados tranquilamente en su heredad.

La tierra del Nuevo Mundo pertenece al primer ocupante, y allí el imperio es el precio de la carrera.

Los países ya poblados tendrán ellos mismos cuidado de precaverse contra la invasión.

Ya he hablado anteriormente de lo que pasa en la provincia de Tejas. Cada día los habitantes de los Estados Unidos se van introduciendo allí poco á poco; compran tierras, y aunque se someten á las leyes del país, fundan, no obstante, en aquel paraje el imperio de su idioma y sus costumbres. La provincia de Tejas se halla todavía bajo la dominación de Méjico, pero en breve ya no se encontrarán en aquélla, por decirlo así, mejicanos. Semejante cosa ocurre en todos los puntos en que los angloamericanos entran en contacto con poblaciones de otro origen.

Lo cierto es que la raza inglesa ha adquirido un inmenso predominio sobre todas las demás razas europeas del Nuevo Mundo, y les es muy superior en civilización, en industria y en poderío. Mientras no tenga delante de sí más que países desiertos ó poco habitados, mientras no encuentre en su camino poblaciones aglomeradas, por entre las cuales le sea imposible abrirse paso, se la verá extenderse incesantemente. No se detendrá en las líneas señaladas en los tratados, antes rebosará por todas partes por encima de estos diques imaginarios.

Lo que asimismo facilita maravillosamente el rápido desarrollo de la raza inglesa en el Nuevo Mundo, es la posición geográfica que allí ocupa.

Cuando se sube hacia el Norte, más allá de sus fronteras septentrionales, se encuentran las nieves polares, y cuando se baja algunos grados de sus fronteras meridionales, se entra en medio de

los ardores del Ecuador. Los ingleses de América están, pues, colocados en la zona más templada y en la porción más habitable del Continente.

Créese que el movimiento prodigioso que se observa en el acrecentamiento de la población de los Estados Unidos, no tiene más fecha que desde el principio de la independencia: esto es un error. La población crecía tan pronto bajo el sistema colonial como en nuestros días; se duplicaba lo mismo cada veintidós años, poco más ó menos. Mas entonces se operaba sobre miles de habitantes, y ahora se opera sobre millones. El mismo hecho, que pasaba inadvertido hace un siglo, admira hoy á todos los hombres.

Los ingleses del Canadá, que obedecen á un rey, crecen en número y se extienden casi con tanta velocidad como los ingleses de los Estados Unidos, que viven bajo un gobierno republicano.

En los ocho años que duró la guerra de la Independencia, no cesó de acrecentarse la población, según la relación anteriormente indicada.

Aunque existían entonces en las fronteras del Oeste grandes naciones de indios ligadas con los ingleses, el movimiento de la emigración hacia el Occidente, por decirlo así, nunca se apaciguó. Mientras que el enemigo talaba las costas del Atlántico, el Kentucky, los distritos occidentales de la Pensilvania, el Estado de Vermont y el del Maine, se llenaban de habitantes; y el desorden que siguió á la guerra tampoco impidió el acrecentamiento de la población y no detuvo su marcha progresiva en el desierto. Así la diferencia de las leyes, el estado de paz ó el de guerra, el orden ó la anarquía, no han influido sino de un modo imperceptible, en el desenvolvimiento sucesivo de los angloamericanos.

Esto se comprende sin esfuerzo, pues no existen causas bastante generales para percibirse á la vez en todos los puntos de un territorio tan inmenso. Por eso hay siempre una gran porción del país en donde se está seguros de encontrar un abrigo contra las calamidades que afligen á la otra, y por grandes que sean los males, el remedio presentado es todavía mayor.

No se ha de creer, pues, que sea posible atajar el vuelo de la raza inglesa del Nuevo Mundo. La desmembración de la Unión, trayendo la guerra al Continente, y la abolición de la república, introduciendo allí la tiranía, pueden retardar su desarrollo, mas no

impedir el cumplimiento necesario de su destino. No hay potestad en la tierra capaz de cerrar ante de los pasos de los emigrados, aquellos fértiles desiertos abiertos por todas partes á la industria, y que presentan un asilo contra la miseria. Los acontecimientos futuros, cualesquiera que sean, no arrebatarán á los americanos, ni su clima, ni sus mares interiores, ni sus grandes ríos, ni la feracidad de su terreno. Las malas leyes, las revoluciones y la anarquía, no son capaces de destruir entre ellos el gusto por el bienestar y el espíritu de empresa que parece el carácter distintivo de su raza, ni de apagar totalmente las luces que los alumbran.

Así, en medio de la incertidumbre del porvenir hay, á lo menos, un acontecimiento que es cierto. En una época que podemos decir próxima, puesto que se trata aquí de la vida de los pueblos, los angloamericanos solos cubrirán el inmenso espacio comprendido entre las nieves polares y los trópicos; se esparcirán desde las playas del Océano Atlántico hasta las riberas del mar del Sur.

Pienso que el territorio en que debe extenderse un día la raza angloamericana, iguala las tres cuartas partes de Europa (1). El clima de la Unión es, por lo general, preferible al de Europa; sus ventajas generales son también crecidas, y es evidente que su población no puede menos de ser algún día proporcionada á la nuestra.

La Europa, dividida entre tantos pueblos diversos; la Europa, á través de las guerras sin cesar renacientes y la barbarie de la Edad Media, ha llegado á tener cuatrocientos diez habitantes (2) por legua cuadrada. ¿Qué causa, pues, tan poderosa podría impedir á los Estados Unidos el que tuviesen otros tantos algún día?

Pasarán muchos siglos antes que las diversas ramas de la raza inglesa de América cesen de presentar una fisonomía común. No se puede prever la época en que el hombre podrá establecer en el Nuevo Mundo la desigualdad permanente de condiciones.

(1) Sólo los Estados Unidos ocupan ya un espacio igual á la mitad de Europa. La superficie de Europa es de quinientas mil leguas cuadradas; su población de doscientos cinco millones de habitantes. *Malte-Brun*, lib. CXIV, vol. VI, pág. 4.

(2) Véase *Malte-Brun*, lib. CXVI, vol. VI, pág. 92.

Por consiguiente, sean cuales fueren las diferencias que la paz ó la guerra, la libertad ó la tiranía, la prosperidad ó la miseria pongan un día en el destino de las diversas ramas de la gran familia angloamericana, conservarán todas cuando menos un estado social análogo y participarán entre sí de los usos y las ideas que dimanaban del estado social.

La Edad Media era una época de división. Cada pueblo, cada provincia, cada ciudad, cada familia, propendían entonces vehementemente á individualizarse. En nuestros días se percibe un movimiento contrario; los pueblos caminan, al parecer, hacia la unidad. Lazos intelectuales unen entre sí las partes más remotas de la tierra, y no es dable á los hombres permanecer un solo día ajenos unos á otros ó ignorantes de lo que pasa en cualquier rincón del Universo. Por eso se observa hoy menos diferencia entre los europeos y sus descendientes del Nuevo Mundo, á pesar del Océano que los divide, que entre ciertas ciudades del siglo XIII, que no las separaba sino un solo riachuelo.

Si este movimiento de asimilación une entre sí á pueblos extranjeros, con mucha más razón se opone á que estirpes del mismo pueblo se hagan extrañas unas á otras.

Llegará, pues, un tiempo en que se podrán ver en la América del Norte, ciento cincuenta millones de hombres (1) iguales entre sí, pertenecientes todos á la misma familia, con el mismo punto de partida, la misma civilización, la misma lengua, la misma religión, los mismos hábitos, las mismas costumbres, circulando por entre de ellos el pensamiento bajo la misma forma, y pintándose con los mismos colores. Todo lo demás es dudoso, pero esto es cierto. Ahora bien; he aquí un hecho enteramente nuevo en el mundo, y cuyo alcance no puede percibir ni la imaginación misma.

En la tierra hay actualmente dos pueblos grandes que, partidos de diferentes puntos, parecen avanzar hacia el mismo término: tales son los rusos y los angloamericanos.

Ambos han crecido en la obscuridad, y mientras que las miradas de los hombres estaban fijadas en otra parte, se colocaron de

(1) Es la población respectiva á la de Europa, tomando el cálculo medio de cuatrocientos diez hombres por legua cuadrada.

golpe en la primera fila de las naciones, y el mundo ha conocido, casi al mismo tiempo, su nacimiento y su grandeza.

Todos los demás pueblos han alcanzado, al parecer, poco más ó menos, los límites señalados por la naturaleza, sin tener que hacer otra cosa que ir conservando, pero aquéllos se acrecientan (1), y todos los otros están detenidos ó no adelantan sino con mil esfuerzos; aquéllos solos caminan con un paso desembarazado y rápido en una carrera, cuyo término no se puede aún divisar.

El americano sostiene lucha contra los obstáculos que le opone la naturaleza; el ruso las tiene con los hombres; aquél combate al desierto y la barbarie; éste la civilización revestida de todas sus armas. Así es que, las conquistas del americano se hacen con la reja de arado del labrador, y las del ruso con la espada del soldado.

Para alcanzar su propósito, el primero se apoya en el interés personal y deja obrar, sin dirigirlos, la fuerza y la razón de los individuos, y el segundo reconcentra, por decirlo así, en un hombre, toda la potestad de la sociedad.

El uno tiene por principal medio de acción la libertad, y el otro la servidumbre.

Su punto de partida es diferente, sus caminos son diversos; cada uno de ellos sin embargo, parece llamado por un designio secreto de la Providencia á apoderarse algún día del destino de la mitad del mundo.

(1) Rusia es de todas las naciones del Antiguo Mundo, aquella cuya población aumenta, en proporción, más rápidamente.

FIN